

Ezequiel Martínez Estrada

El hermano Quiroga

Cartas de Quiroga  
a Martínez Estrada



Esta no es ni una biografía ni una semblanza acerca de un gran escritor o un maestro del cuento hispanoamericano. El libro que Ezequiel Martínez Estrada dedicó a Quiroga, se parece más bien a los bocetos o apuntes de los pintores, a los aguafuertes de un expresionista. Le interesaba, ante todo, el enigma vital de un hombre, no tanto el de autor famoso que, sin embargo, redujo su vida, como lo hizo en sus cuentos, a lo esencial: se descivilizó para lograr una sustancia y ésta lo consiguió al final solitario y desesperado ante la naturaleza y sí mismo. Buena parte del ensayo se funda en la correspondencia que a Martínez Estrada enviara Quiroga entre 1934 y 1937 hasta once días antes de su suicidio. Esta edición reúne en un solo libro los apuntes de quien se coloca no ante un venerable artista sino ante un hermano y los textos completos de las cartas a las que se alude, resultando ambos dos trabajos de suprema intensidad.

# PRESENTACIÓN

En el afecto que sigue existiendo por los magistrales cuentos de Horacio Quiroga (1878-1937) —ver el vol. 88 de Biblioteca Ayacucho— acaso prive más, todavía, la intensidad humana de sus relatos, su sorprendente armazón, que el sino espectacularmente trágico de la vida del autor: de joven mató accidentalmente a un amigo, su padrastro se suicidó, la primera esposa de Quiroga se quitó la vida, él mismo puso fin a sus días con cianuro. Por contraste, a sus estudiosos ha interesado más que el escritor fuera hacia los años veinte el primer cuentista hispanoamericano, tal vez uno de los mayores de la lengua española de siempre, y que el exitoso narrador, contra quien reaccionaron burlonamente los jóvenes, entre ellos Borges, se instalara en la «selva», en medio de los fascinantes ríos de la cuenca del Plata y llevara una vida áspera, rústica y salvaje: lucha contra la naturaleza, agricultura para subsistir, amor a los animales, imaginarios negocios rurales fracasados, sus embarcaciones, casas, alfarería y hasta sus ropas, hechas a mano. Si cuando escribe sus impresionantes cuentos todo lo reducía a lo esencial, en sus últimos años de estancia selvática, la vida misma se le fue reduciendo también a pura sustancia: dispersión de la familia, frustración del segundo matrimonio, progresiva soledad del hombre desamparado ante sí mismo.

En esas circunstancias su nexo con el mundo urbano y civilizado, con libros y papeles, se estrechó igualmente a contados amigos. De los años finales del cuentista fue testigo excepcional el escritor argentino Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) —ver el vol. 156 de Biblioteca Ayacucho

—, un exitoso poeta que abandonó las musas triunfantes para dedicarse a una controvertida indagación de la realidad social e imaginaria de su país y Latinoamérica. Veintiséis años menor que el cuentista uruguayo, sin haber sido propiamente su «discípulo», halló pronto un entronque de sangre y de filosofía de la vida del que resultó el libro *El hermano Quiroga*. La obra se publicó por primera vez en 1957. No es una biografía, una semblanza o un perfil. Se parece más bien a los esbozos que hacen los pintores, o incluso a los aguafuertes apurados de los expresionistas: apenas apunta, medio dibuja y traza rápidamente la singularidad vital del desgarrado narrador de la selva a quien considera una especie de Tarzán al revés: se «desciviliza» para hacerse esencial. De ahí la energía inmediata de su conocimiento de Quiroga: lo que pensaba ciertamente —ideas políticas, literarias, etc.— pero, lo importante, cómo vivía una vida sustancial alguien comparable a Gandhi y a Tolstoi.

Buena parte de las observaciones de Martínez Estrada se fundan en fragmentos de las cartas que Quiroga le escribiera desde la «selva». El escritor argentino las conservó y donó al Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios de Montevideo, que las publicó en 1959, con prólogo y notas de Arturo Sergio Visca, junto con otras cartas inéditas del uruguayo. Se trata de cuarenta vigorosos textos, considerados por muchos como la última y desgarradora obra de Quiroga, fechados entre el 19 de agosto de 1934 —cuando acababa de ser editada la Radiografía de la Pampa— y el 7 de febrero de 1937, once días antes del suicidio con cianuro. Desahogos de solitario, exigencia de afectos, problemas de entendimiento con la segunda esposa, dificultades económicas, utópicos y pormenorizados proyectos de negocios imaginarios, la ilusión de que Martínez Estrada sea su vecino en la selva y de día trabajen el campo o la artesanía para dedicar las noches a la conversación y la música, el progresivo desarrollo de un cáncer en

la próstata y las no menos curiosas convicciones médicas con las que el selvático tranquiliza su fatalidad. En 1968 *El hermano Quiroga* y las *Cartas de Quiroga a Martínez Estrada* se juntaron por primera vez. Ahora vuelven a reunirse estos peculiares trabajos de rara autenticidad humana.

OSCAR RODRÍGUEZ ORTIZ

## EL HERMANO QUIROGA

## I. ESENCIA Y FORMA DE LA SIMPATÍA

HE MEDITADO sobre si la palabra «amistad» comprendía cabalmente el género de relaciones que nos ligó, a Horacio Quiroga y a mí, y encuentro que solo podríasela aplicar si diéramos al término una acepción arcaica que ha perdido. El grado de intensidad, la absoluta objetividad personal y el desinterés que la ha caracterizado, exigirían para la palabra amistad una explicación hartamente sutil y difícil, sin que viniera a convertirse por ello mismo en otra limitación del concepto. «Hermandad» es más precisa. Indica, además de cuanto pueda significar la amistad, un ligamen, por decirlo así, irracional y superior por naturaleza a la relación aleatoria, basado en una identidad de sangre tal como lo expresa el uso corriente del vocablo gentilicio, y en una identidad de destino o parentesco fatídico en que entran como factores de la unión espiritual inclusive aquellos que pueden obstar o desmerecer la amistad. Suele usarse la palabra «hermano» en un sentido aproximado al que pretendo fijarle aquí, cuando la usaron los paisanos para indicar, precisamente, no solo camaradería sino la suerte común en que dos seres, unidos por vínculos afectivos, vienen a encontrarse en los azares de la vida. Lo que Martín Fierro expresa diciéndole a Cruz: «Ya veo que somos los dos / astillas del mismo palo».

Cuando nos conocimos (después de habernos tratado algún tiempo y muchas veces en forma asaz cordial) Quiroga y yo sentimos una hermandad de sangre, una afinidad espiritual y una identidad de ser y de destino como solo se



conocen en mitos y leyendas. Más fino, él lo captó antes que yo.

Hay que ver lo que es esto de poder abrir el alma a un amigo —el AMIGO— supremo hallazgo de una eterna vida. ¡Cómo voy a estar solo, entonces!

... Se tiene una inmensidad cuando se tiene un amigo como Dios manda.

... Desde hace treinta años, no escribo a varón alguno cartas tan largas y confidenciales. Aprecie esto, querido Estrada, en lo que vale partiendo de mí.

Fue para mí, y estoy seguro de que también para él, un encuentro conmigo, consigo mismo; una potenciación o enriquecimiento de mi propio ser, mayor dimensión y mayor volumen en cada cual, al tiempo que un sostén en la vida que en momentos muy críticos me retemplaba para luchar con denuedo contra toda clase de adversidades e incompreensión. Hasta que pude. De mí recuperaba mucho bien perdido, como si lo hubiese yo recogido y se lo devolviera. Yo abrí los ojos para contemplar una nueva vía, una nueva verdad y una nueva vida. Tal el sentido que llamaría místico de esta amistad que alcanzó, en vísperas de su muerte, un grado de saturación o sublimación en que separarnos era el único posible coronamiento. Lo demás es exégesis profana.

Lo que pudo haber de desesperado en la actitud de Quiroga al tender hacia mí sus brazos, y para mí de revelación en mi camino de Damasco, confirma mi aseveración de que nuestra amistad era de una pureza religiosa aunque precisamente por no abrirse al infinito, y esto se colige del tenor de su correspondencia más que del texto. Si alguien sufrió una conversión con ella, fui yo. Júzguese por el cambio de mi orientación literaria desde 1929.

De modo que si yo insistiera en aclarar que éramos hermanos más que amigos, agregaría poco al inútil empeño de explicarlo. No creo que en la vida de Quiroga, como tampoco en la mía, haya habido un ser que llenara (mejor dicho: colmara) la necesidad indiscutiblemente instintiva de estar con otro ser sin dejar de estar con uno mismo y solo.

Esta verdad me permite llamar hermano a Quiroga, y tal fue el tratamiento que siempre nos dimos, y rara vez el de amigos. Hubiera sido poco, en efecto, porque nos identificaban mucho más que las concordancias de nuestros gustos literarios y los propósitos unánimes, los tácitos acuerdos sobre cuestiones fundamentales o sobre la conducta, el deber, el ideal, e inversamente, la renuncia de cuanto constituye para muchos la aleación de «intereses superiores» que atan a ser humano y ser humano. Ningún interés ni razón de esa clase nos ligaba. Nos ligaba que éramos «hermanos corsos», dos copias de un mismo tenor.

Es precisamente, como lo prueba el sutil análisis de Max Scheler, condición propia del amor fraterno (los griegos tenían una voz exacta: ágape) el que las personas que lo profesan conserven íntegra su individualidad, y que tales relaciones mantengan inalterablemente su carácter objetivo. También Simone Weil exigía que los amigos conservaran inviolable su propia soledad.

Hermano, además, porque me ofrendó en legado cordialísimo el bien inestimable de lo mejor que tuvo, y yo a él.

## II. VIDA EN COMÚN

INÚTILMENTE insistí en comprar una parcela de tierra propinqua a la de Quiroga, donde levantar mi choza. Tenazmente se opuso repitiéndome que yo tenía ya la propiedad de una hectárea de monte, que él mismo y en época de no muy buena salud había rozado con su machete, talando árboles enormes en un trabajo de titán. Cuando él murió, el hijo y Lenoble me confirmaron que esa hectárea de tierra despejada de árboles y malezas, me pertenecía por su voluntad.

Sabe usted que hace unos veinte días quemé una buena porción de monte para despejar el sitio donde usted podría ubicarse, en caso de decidirse a vivir aquí. Trabajé algunas mañanas limpiando el terreno, hasta que me entraron tristes ideas sobre su venida. Le repito lo de la hectárea —más si quiere— regalada a usted. Siempre es suya. Allí justamente trabajaba en el desmonte.

... He aquí, pues; que dentro de tres o cuatro meses nos veremos la cara. Nuevo aliciente para vivir a buen paso hacia adelante. Y ahora resulta que arreglo mis cosas y coqueteo con mi linda casa para que usted la vea.

... Naturalmente, paré la oreja ante su decisión última, de que me va a escribir sobre compra de un terrenito cerca del mío, etc. Pero, es que no tiene necesidad de comprar nada por ahora. Fuera de que ya tiene su hectárea (¡y en qué posición!), ustedes vendrán a olfatear el país a mi lado, mirar todo, sopear el resto, y después, recién después hará usted los cálculos

sobre su capacidad para echarle la capa al toro. Y, sin embargo, ¡qué raros me parecen sus titubeos!, teniendo como tiene una mujer tal, tan, tan compañera. En fin, ya hablaremos, querido y solitario hermano.

Sus frecuentes exhortaciones a que me radicara en San Ignacio implicaban, además del deseo de una intensa vida natural en común, designios que abarcaban el propósito de una reorganización racional y libre de la vida. El mismo ideal de Lawrence, en su mínima ambición. Siempre he considerado que en la insistencia de Quiroga porque abandonara mi empleo, me aviniera a contar conmigo mismo y con nadie más, encubriéndose la intención benévola de sustraerme a las zarpas y garras de mis superiores burocráticos y de mis colegas pedagógicos. Constantemente había en sus cartas invitaciones a que fuera a Misiones:

Usted no se halla allí; pruebe por lo tanto otro ambiente. Venga por un tiempo, lo más largo posible, sin compromiso de comprar. Verá entonces si le conviene o no. Si puede usted salir en las próximas vacaciones, de cajón que se vienen ustedes. No crea que el calor es exagerado, le repito.

Quiroga conservaba frescas en su cuerpo las cicatrices de idénticas heridas. Queda liberarme del cepo:

Es, pues, necesario, que venga a acompañarme, amigo por excelencia. No pienso sino en la probabilidad de tenerlo por aquí. Haga un esfuerzo, si puede, en aras de un amigo como yo, de los que hay pocos. Aun cuando ustedes no se animaran a venirse del todo —ya veremos la impresión de ustedes— estoy casi seguro de que el país les parecerá de perlas, y podré contar, en el peor de los casos, con la visita anual de ustedes, en las vacaciones. El calor se soportará aquí mejor que allí mismo. Y yo iría en invierno a pasar una

temporada allí. Si viera qué inmenso desahogo me provoca el hablar así, y con usted. ¡Estoy tan solo!

La casa la construiríamos los dos, pues éramos buenos obreros de albañilería y carpintería. El tenía la experiencia de repetidos ensayos. Creíamos ambos que la casa donde uno vive y ha de morir, debe ser construida por propias manos, si ello es posible. Esto lo conseguí después de su muerte, preparándome un retiro de paz para la vejez; y fui despojado por un cuarterismo justicialista que ha consagrado en dimensión social el método individual del atraco. Me vi privado en aquel frustrado proyecto, y en éste malogrado, de tener la casa que construí con mis manos. Y he pensado con frecuencia qué relación hay de destino en un final tan semejante en ambos casos, pues la casa de Quiroga a su muerte fue literalmente saqueada. Penetraron en ella vecinos que hasta poco antes formaban parte de sus amigos regionales, después linyeras y maleantes, y se llevaron cuanto pudieron alzar. Pocos meses más tarde, la vivienda, el hogar recóndito que se preparó para morir, se convirtió en refugio de haraganes, en comisaría, en mingitorio. Nadie de los que le amaban pudo impedir esa profanación, cumplida sin el ritual de la justicia, y lo que debió ser museo nacional, lugar de peregrinación, se convirtió en madriguera de vagos. Cada hecho en su tiempo y su lugar.

La casa tendría las dependencias indispensables y estaría situada a distancia prudente de su cabaña. Un banderín anunciaría los días que debiéramos permanecer cada cual en su dominio. Solo aprovecharíamos en común los días fastos. Muchas labores manuales en esos días y noches podríamos realizar, sin interferencias, y nuestras afinidades profesionales y temperamentales eran suficientemente seguras y estaban bien asentadas y probadas para no dudar de que el trato asiduo las profundizaría y enraizaría aún más.

En una anterior usted emitía sus dudas sobre el entendimiento de dos amigos face a face. Creo que puede acaecer, siempre que los dos amigos sigan la misma derrota — no espiritual, que sería lo de menos—, sino material. Por ejemplo, si usted sintiera nacer en usted el amor a la tierra, a plantar, a hacer su casa, hacerla prosperar trabajando manualmente en ella, estoy seguro de que no se levantaría una nube entre nuestras personas amigas. Si no, hay peligro. Pues, ¿qué puede ofrecer el desierto a un hombre, si éste no se empeña en sacar de él un paraíso? Recuerdo ahora una observación suya sobre Munthe: *supercivilizado*. Tal es. Munthe trocó la música artificial por el canto de los pájaros, pero se quedó con sus monumentos históricos, más artificiales todavía. El poeta tuvo razón: los palacios de las nubes son los únicos verdaderos.

Compartiríamos el programa de trabajos más que los trabajos mismos, y el descanso, honradamente ganado al fin de la jornada, sería nuestro salario. Nos prometíamos festines de Sardanápalo y Heliogábalo en veladas de música y lecturas.

Piense ahora lo calmo, cariñoso y admirable de tener aquí un vecino como usted, con quien trabajaríamos sin hablar el largo día, para reclinarnos de noche en muelles sillones (los tengo muy cómodos) y hablar, entonces revivir el alma y los recuerdos que la constituyen en su casi totalidad, cuando se ha hecho ya su doloroso e inmortal deber.

Mi versación en música era más variada y mayor que la suya porque a decir verdad, me parece que sus gustos y versación musicales habían anclado en pocos arrecifes como la *Muerte de Isolda* y el *Minuet* de *La Arlesiana*. En compensación, su conocimiento de la literatura narrativa, desde Voltaire hasta nuestros días, superaba la cantidad y la calidad de mis lecturas. Otra de sus numerosas ventajas

sobre mí, dimanaba de que había perdido menos tiempo que yo en el manejo didascálico de los grandes autores clásicos y medievales; es decir, que yo había devorado muchos años y millares de volúmenes para conocer obras y autores que nunca despenaron su atención. No le interesaban museos ni bibliotecas en que yo había vivido casi toda mi vida, y donde acaso habría llegado a dedicarme a embalsamar faisanes y quetzales de no haberlo hallado a él en la selva oscura.

Con el acopio hecho del patrimonio universal de la cultura, podríamos entretenernos en una especie de tertulia con fantasmas. Nuestros amigos serían los ídolos que amábamos en común, y mediante ellos nuestra amistad se consagraría con los óleos religiosos de la devoción compartida. Solo permitiríamos el ingreso en la logia, a personajes de ficción que sustituyeran a los de carne y hueso con los que habíamos tenido, él y yo, experiencias desalentadoras. Por otras causas podríamos hacer nuestro el exabrupto de Lawrence: «Detesto tanto a la humanidad, que solo en los muertos puedo pensar con amistad». La tumba de los vivos, o la casa de los muertos.

Mi casa sería la suya, mucho más que mía la de él, porque en su hogar se había producido ya una grieta en el más sólido de los muros, amagando el hundimiento definitivo. De tarde en tarde yo daría un concierto de violín para anal-fabetos, con asistencia de un auditorio alegórico, él y mi mujer. Conversaríamos de lo terrestre y de lo celestial con igual intrepidez, pues aunque a Quiroga no le interesaban los dilemas de la metafísica y era incapaz de lanzarse al vacío, complacido cabalgaba en el Pegaso conmigo. Quijote y Sancho, o Fausto y Mefistófeles: mucho había entreverado de esos personajes en él y en mí, y no sabría decir hasta qué punto lo era cada cual. Pues su sentido de la realidad, del mundo pedestre que habitábamos en calidad de mamíferos supérstites de un cataclismo universal, era perfectamente absurdo. Absurdo me parece también, mirado a